

Algunas cosas que me gustan son: el silencio que reina después de la entrada de un profesor estricto, una página de pegatinas nuevas que al final nunca acabaré usando, un paquete de patatas sin abrir, pasearme por las estanterías perfectamente ordenadas de las librerías y el olor a libro nuevo, así como el glorioso momento de quitarle el plastiquito. Me gusta también ver las calles decoradas por las luces de Navidad y brillando bajo un cielo estrellado, el olor a comida que llega nada más aparecer por el umbral de la puerta, escuchar música con los cascos puestos, los sábados cuando a las siete de la mañana suena el despertador, me acuerdo de que no hay instituto y celebro internamente esas horas que aprovecharé para dormir plácidamente, y llegar a esa parte del libro donde por fin dicen "Te amo". Pero, sobre todo, me gusta meterme entre esas sábanas calentitas en las noches de invierno mientras me acompaña el sedoso pelaje de mi oso de peluche. Estos son, para mí, mis pequeños placeres de la vida y, a su vez, más razones por las que merece vivirla.

No me gustan las noches de tormenta, rayos y truenos que me hacen imposible conciliar el sueño, el momento en el que el avión queda a tal altura que se te taponan los oídos, las personas que alaban a otros para conseguir lo que quieren, los vasos y cubiertos sucios, ni coger el metro lleno de gente. Tampoco me agradan los hospitales, los sitios abandonados y en ruinas, los ruidos fuertes, la lluvia intensa, la gente que habla muy alto en los restaurantes o bares, las cucharas de palo que te dejan astillas en la lengua y saboreas más madera que comida, ni los eventos improvisados.